



ANSIEDAD CREATIVA DE ANTENOR ORREGO

Demetrio Ramos Rau

*Instituto de Desarrollo Económico
Social (INDES) - Trujillo.*

RESUMEN

Los “títulos” o roles que a Antenor Orrego le reconocen sus comentaristas son: periodista, educador, filósofo, animador y prologuista de varios autores norteños, y puntal organizativo e implementador de la política aprista. Son evidentes que dichas funciones las asumió con esmero. La primera, a través de la edición o dirección de los periódicos *La Reforma*, *La Libertad*, *El Norte* y *La Tribuna*; la segunda a través de la Extensión Universitaria, las Universidades Populares y el rectorado en la Universidad Nacional de Trujillo; la tercera, particularmente a través de sus primeras obras *Notas Marginales* (1922), *Estación Primera* (publicado tempranamente en *Amauta* de 1927) y *Monólogo Eterno* (1929); reflexiones que ampliadas o reformuladas se darán a conocer en el conjunto de su producción donde sobresalen *Pueblo Continente* (1937) y *Hacia un Humanismo Americano* (1966); la cuarta, como prologuista de *Trilce* (1922) y de otras obras poéticas de autores norteños; y, la quinta, a través de su responsabilidad organizacional y formativa en el APRA, a nivel de Trujillo y el norte del Perú, desde sus inicios en 1931 hasta el surgimiento del “sólido norte aprista”, incluido todo el período de cruenta represión de los 30 y 40 del siglo XX.

Palabras clave: *Educación Popular.- Extensión Universitaria.- Autoeducación.- Estética.- Crítica literaria.- Ideal Colectivo Latinoamericano.- Pensamiento Latinoamericano.- Pueblo Continente.- Humanismo Americano.- Integración Americana.- Voluntad de Poder.*

INTRODUCCIÓN

Antenor Orrego no llegó como muchos a escribir su memoria, autobiografía, cartas o crónicas, que den cuenta de sus vivencias e inquietudes personales. Por tanto, para conocer al ser humano que hay en él, hay que recurrir a la escasa información proporcionada por algunos estudiosos y las descripciones sobre su personalidad, hechas por sus familiares y compañeros de la militancia política.

Las reediciones, antologías o comentarios de sus obras le regatean espacios y obvian comentarios sobre las primeras etapas de su vida, al concentrarse en su trayectoria de hombre público. No existe, en verdad, una biografía de Antenor Orrego, que recoja información sobre sus ancestros, nacimiento y vivencias infantiles. Ni siquiera en los diversos trabajos que hasta la actualidad difunden instituciones universitarias, e incluso la frondosa tarea difusora del Congreso de la República del período 2006-2011 bajo hegemonía aprista.

Una labor que suena a reivindicación es la iniciada por Juan Orrego Sevilla, un familiar suyo, que comprende diversos aspectos de la vida y obra del ilustre pensador, incluido una genealogía mediante la cual, la familia Orrego del Perú resultaría una continuidad de la de Guipúzcoa o Galicia de Espa-

ña, sin descartar la que a su vez, se habría asentado en Chile desde los primeros momentos de la presencia española en América del Sur. En el caso del Perú, los Orrego se habrían asentado principalmente en Cajamarca; hecho que en la literatura vigente es la más conocida. Luego, existe una antología que ha dado a conocer el lingüista Antonio Chang-Rodríguez; pero como toda obra de tales características, no aporta más datos que los ya difundidos. Dadas las condiciones mencionadas, una forma de hurgar en la personalidad de Antenor Orrego, supone recurrir al intratexto de sus primeras obras, *Notas Marginales o El Monólogo Eterno*, como en el caso de José Eulogio Garrido en relación a *Carbunclos*.

EL NORTE COMO ORIGEN Y DESTINO

Antenor Orrego Espinoza (Montán, Cajamarca, Mayo de 1892 - Lima, Julio de 1960) es considerado como uno de los integrantes más destacados del movimiento cultural descentralista de los inicios del siglo XX en el Perú. Oriundo de la andina Cajamarca, siendo niño aún llegó a Trujillo en 1902, cuando sus padres deciden deshacerse de la hacienda Montán, heredada de los abuelos maternos y que antes perteneciera al general Miguel Iglesias (Llanos Horna, 2004). Inmediato a su arribo se matriculó en el exclusivo Colegio Seminario San Carlos y San Marcelo, donde cursa Primaria y Secundaria, y Superior en la Universidad Nacional La Libertad; centros de estudios en los cuales, posteriormente, ejercerá la docencia en el primero y rectorado en el segundo.

El lugar de nacimiento de nuestro personaje, no debió ser en los fines del siglo XIX y comienzos del XX tan insignificante como para ignorarlo, sino más bien todo lo contrario; ya que en 1882, en dicho escenario se produjo el denominado “Grito de Montán”, precisamente con el protagonismo de Miguel Iglesias Pino, a la sazón Jefe Político Militar del Norte y luego Presidente del Perú, quien, luego de una exitosa campaña contra la invasión chilena, sorpresivamente resultó propiciando el armisticio con el gobierno del país sureño. En este mismo territorio andino, habría nacido también el montonero, guerrillero y caudillo Eleodoro Benel, quien en 1924

lidera la Revolución de Chota; para después, junto con el doctor Arturo Osore y el coronel Samuel Alcázar, pasar a la oposición y desde allí combatir la reelección del dictador Augusto B. Leguía. Ya en la segunda mitad de 1900 y en este mismo escenario surgirán las famosas rondas campesinas, participación organizada de la comunidad frente a la ofensiva de los abigeos y que, hoy por hoy, se encuentra extendida en buena parte del mundo andino.

La aparente despreocupación por parte de Antenor Orrego sobre su natal Chota o Montán se complejiza, cuando se trata de su circunstancia vital desde la juventud hasta su muerte. Por ejemplo, cuando se refiere a la ciudad de Trujillo en términos muy agradecidos; concretamente, con motivo del homenaje que la intelectualidad trujillana le rinde en 1959, dice:

“Cada vez que vuelvo a asentar las plantas en el suelo trujillano siento un renacimiento en todo mi ser, una suerte de rejuvenecimiento que me hace percibir con claridad la faena inmediata que debo realizar... He vuelto a las raíces de mi hogar materno y cual no habrá sido mi sorpresa que Trujillo me recibe con el amor encendido, con el homenaje conmovido, con la belleza sutil y extraordinaria de sus poetas y escritores nuevos” (Ibáñez Rosazza, Manuel. *Antenor Orrego y sus dos Prólogos a Trilce*, 1995).

Con todo ello queda entendido que el arraigo por lo local en Antenor Orrego, no es como en José Eulogio Garrido en relación a Huancabamba o César Vallejo a Santiago de Chuco; sino más bien, abarca un espacio más amplio. En efecto, su recurrente tránsito se produjo en los escenarios de Trujillo y las principales ciudades del norte. Finalmente Lima, por ser capital, además de ser sede de las componendas políticas y de las celdas donde pasará meses y años. La inevitable relación dialéctica arraigo-emigración, propia de la condición humana, funciona en Orrego, tal como considera LAS, “Ya en trance de emprender el vuelo final como para ensayarlo, salió a beber el inmenso horizonte de la pampa argentina, con su pasión peruana, la de Vallejo, a cuestras ya de sumergirse, tal vez en demasiadas y tardío esfuerzo, entre las crestas y gargantas del Anahuac mexicano” (*La Literatura Peruana*, 1982).

Antenor Orrego tenía para viajar a París, pero esa oportunidad la cedió a su entrañable amigo, César Vallejo. Es decir, si no regresó a Montán, tampoco abandonó el norte peruano; desde donde, se proyectó al mundo, a través de su pensamiento y acción, a favor de los menos favorecidos. Para el efecto, asumió tempranamente y se mantuvo hasta su muerte en los marcos de la autoeducación y la militancia política; convirtiéndose en el puntal organizativo del APRA en el norte peruano.

TALANTE DE UN FORMADOR

Una de las pocas referencias biográficas o autobiográficas del infante Antenor Orrego, son las que informa Felipe Cossío del Pomar, con motivo del encuentro de aquel con Víctor Raúl Haya De la Torre, en circunstancias no precisamente formales o cordiales, sino como parte de los consabidos desencuentros infantiles que se producen en horas de recreo o juegos competitivos, en tanto alumnos

del Colegio Seminario San Carlos y San Marcelo de Trujillo. El desencuentro terminó con la intervención del Padre Briand; circunstancia que al mismo tiempo sirve al sacerdote para expresarle a los contrincantes roles premonitorios: de “maestro” a Orrego y “héroe de su nación y raza” a (Haya), respectivamente. Coincidentes o no con los hechos posteriores, lo cierto es que como dice el informante: “Desde entonces Antenor y Víctor Raúl se dieron el primer abrazo que como hermanos les ha unido toda la vida” (Víctor Raúl, 1995).

Ya como alumno de la Universidad Nacional de La Libertad (hoy de Trujillo), el círculo de amigos de Antenor Orrego se ensancha con la concurrencia de alumnos de otros centros educativos del norte peruano. Acompañado de las mentes más lúcidas de dicha generación, irrumpe como uno de los organizadores del Centro Universitario, la implementación de actividades de extensión universitaria y las universidades populares, y la posterior formación del Grupo de Trujillo o Grupo Norte.



Antenor Orrego en Santiago de Chuco (1954), lo acompañan Hermes Torres Romero, Luis Cáceres Aguilar, Fortunato Ramos. (Foto Archivo de Hermes Torres P.).

Como supliendo la carencia de datos sobre su biografía, no faltan algunas caracterizaciones y semblanzas sobre el talante de Antenor Orrego. Por ejemplo, el prolífico LAS lo describe así: “Era Orrego más o menos como hoy, según veo en las fotografías. Pequeño, menudo, de tez blanca, un poco rojiza, pecoso y algo “borrado”, es decir, con algunas picaduras de viruela; los ojos claros; la frente alta y apuntando al cielo; ralo el cabello castaño; el andar desenvuelto; el perfil un poco huidizo, conejil; el hablar abundante y preciso; siempre subrayando con un gesto perentorio del antebrazo; vestido con pulcritud, sin estruendo; andar reposado y ágil; actitud cordial; ninguna petulancia; un poco afirmativo, sin embargo, pero con fuerza de la fe en las ideas que expone; gran lector; meditador de raza; nada de filosofías de repetir al autor de moda; sino eso que se llama filosofar o sea desgarrarse las entrañas y, mirándose el ombligo, descubrir el cordón que une con la fuente nutricia” (*Op. Cit. y obras posteriores*). A lo que es necesario agregar, lo dicho por Juan Orrego Sevilla, un familiar suyo, con motivo de su deceso: “Nació para pensador y vivió como combatiente, leal a su pueblo y a su América. Aprendió la lección de los iluminados de Asia y los filósofos de Europa y porfió por aprisionar un fragmento de esa eternidad que ayer lo ha reclamado por entero. Hombre bueno, leal y sabio, murió como vivió; con sencillez, con dignidad y en decorosa pobreza. Fue enterrado como quería el pueblo: en olor de multitud”.

Todo lo cual se complementa, cuando en *Notas Marginales*, al ocuparse de su tema recurrente, la Antropología, nuestro personaje, al referirse a las perspectivas de progreso de la persona resalta las estupendas posibilidades de realización, el ansia de conocimiento, el rol forjador de una nueva conciencia, la práctica de la solidaridad y la búsqueda de la felicidad, existentes en el ser humano.

MÚLTIPLE FUNCIÓN PÚBLICA

Ya en el ejercicio de la función pública, los “títulos” o roles que a Antenor Orrego le reconocen sus comentaristas son: periodista, educador, filósofo, animador y prologuista de varios autores nortños, y puntal organizativo e implementador de la política

aprista. Son evidentes que dichas funciones las asumió con esmero. La primera, a través de la edición o dirección de los periódicos *La Reforma*, *La Libertad*, *El Norte* y *La Tribuna*; la segunda a través de la Extensión Universitaria, las Universidades Populares y el rectorado en la Universidad Nacional de Trujillo; la tercera, particularmente a través de sus primeras obras *Notas Marginales* (1922), *Estación Primera* (publicado tempranamente en *Amauta* de 1927) y *Monólogo Eterno* (1929); reflexiones que ampliadas o reformulados se darán a conocer en el conjunto de su producción donde sobresalen *Pueblo Continente* (1937) y *Hacia un Humanismo Americano* (1966); la cuarta, como prologuista de *Trilce* (1922) y de otras obras poéticas de autores nortños; y, la quinta, a través de su responsabilidad organizacional y formativa en el APRA, a nivel de Trujillo y el norte del Perú, desde sus inicios en 1931 hasta el surgimiento del “sólido norte aprista”, incluido todo el período de cruenta represión de los 30 y 40 del siglo XX.

ORREGO PERIODISTA. El ejercicio del periodismo le atrae tempranamente a Antenor Orrego. Cuando en 1914 gana un concurso literario, ya tenía un recorrido como colaborador de más de una publicación local; de tal manera que en 1915, se le ve coordinando una página cultural en *La Reforma*, en cuya publicación será nombrado pronto como Jefe de Redacción. En esta y otras publicaciones, entre ellas *Balnearios* de Lima, y *La Semana* y *La Libertad* de Trujillo, destacan sus comentarios y reflexiones, tanto sobre la coyuntura como el desarrollo del pensamiento moderno y contemporáneo.

Al estilo de su amigo Mariátegui en Lima, en los medios donde colabora y conduce, no sólo difunde noticias del momento, sino más bien una buena parte de sus artículos se destinan para el análisis y el comentario de la actualidad cultural y científica; convocando cuando le es posible, la participación de lo más representativo de la intelectualidad local, regional, nacional e internacional. Particularmente *El Norte* de Trujillo que funda y dirige junto con Alcides Spelucín, se convertirá en el vocero de lo más graneado de la inteligencia peruana y latinoamericana.

mericana; donde precisamente uno de los asiduos colaboradores será César Vallejo, tanto desde Lima como desde Europa.

Por su temprano compromiso con los problemas sociales y en tanto periodista de combate, sufrirá su primera prisión en Trujillo. La causa: haberse identificado con las luchas de los braceros del valle Chicama. Y como director de *La Tribuna*, en el período 1957 y 1960, más allá de su filiación política, difundirá los logros de la ciencia y el arte contemporáneos; y lo suyo, que abunda en temas sociales y políticos, de interés coyuntural para el APRA y la sociedad peruana, dándose a conocer bajo el encabezado de “Efigie del Tiempo”.

La participación de Antenor Orrego en el periodismo comprende las principales publicaciones del Perú y América, contándose entre ellas *Mundial*, *Varietades*, *Claridad*, *Amauta*, *La Sierra*, *Antorcha* y *Repertorio Americano*; en las que desarrolla, no sólo temas de coyuntura sino sobre todo de reflexión en Filosofía, Sociología, Política, etc. Esto, además de cotidianas colaboraciones en diversas publicaciones menores para las que es solicitado desde diversos puntos del país.

ORREGO EDUCADOR. El impulso inicial de su trabajo educativo se concreta a través de la Educación Permanente y Educación Popular, particularmente la Extensión Universitaria. Esta tarea la inicia en sus tiempos de estudiante en la Universidad Nacional de Trujillo, en vista de que la educación superior estaba desvinculada de la comunidad, así como los contenidos que venían desarrollando los docentes no respondían a las exigencias de la época. Para el efecto, Antenor Orrego y sus discípulos más cercanos impulsan la organización del “Centro Universitario”, por los mismos tiempos del fermento estudiantil de Lima, Arequipa y Cusco (entre 1905-1910). A través de este organismo, simultáneo con el despliegue de una serie de eventos educativos y culturales, los estudiantes logran un creciente protagonismo en los eventos más importantes de la ciudad de Trujillo. Esta preocupación derivará finalmente en la organización y funcionamiento de la “Universidad Popular” en 1918, en tanto germen de lo que más adelante serán las

Universidades Populares González Prada; del mismo modo que los mencionados centros universitarios contribuirán para la formación de los centros federados y finalmente la Federación de Estudiantes del Perú; instrumentos fundamentales para su participación en el movimiento de Reforma Universitaria de 1919 para adelante. Es de esta manera que, en la experiencia de Antenor Orrego, se engarzan Extensión Universitaria y Educación Popular, actividades educativas no formales, coherentes con el sentimiento generacional, ante la vigencia de una educación desvinculada de la realidad. A este respecto, el diagnóstico no podía ser más contundente:

“La universidad que debió ser un foco de irradiación intelectual, un instrumento o vehículo de fuerte suscitación, se limitó a repetir -¡Magíster Dixit!- la densa y pedantesca garrulería académica del Medioevo, la atosigante y abrumadora banalidad de todos los lugares comunes de la tierra, verborrea ortofónica de esa ciencia jurídica que había aderezado Pero Grullo en todas las malas cocinas europeas. Cada catedrático despotricaba –como solo se despotrica en la Universidad Peruana- de lo que nunca aprendió, de lo que nunca amó con pasión intelectual, de lo que jamás ni siquiera asimiló dentro de su sangre y dentro de la carnadura de su espíritu” (Mi encuentro con César Vallejo, 1989).

La opción por la Educación Popular no era sino la profundización de la práctica de la Autoeducación que Antenor Orrego y sus amigos más cercanos, habían iniciado sobre la base de lo recibido en el Colegio Seminario San Carlos y San Marcelo; inspirados en las enseñanzas de religiosos franceses lazaristas, de reconocida mentalidad liberal. Este proceso debió también recibir una importante cuota de influencia de la labor que los anarquistas, revolucionarios y libertarios, venían realizando en Trujillo, a través del periódico *El Jornalero*, la Liga de Artesanos y Obreros del Perú y la Biblioteca Popular Libertad y Progreso. Esto por lo demás, guardaba coherencia con el llamado de la época y que desde Lima, impulsaba Manuel González Prada; un pensador que crecientemente se había convertido en el líder de los elementos más progresistas en el período de reconstrucción nacional luego de la Guerra del Pacífico. El ejercicio de la autoeducación al articularse con los vientos de la reforma universitaria y la

educación popular, deriva en no pocos estudiantes en una actitud “antiuniversitaria”; con la consiguiente renuncia a la formalidad de los títulos académicos, en la que hasta el final se mantuvieron Antenor Orrego y sus amigos más cercanos de Trujillo y José Carlos Mariátegui de Lima.

De lo descrito se conviene que los principales espacios de intervención educativa de Antenor Orrego, constituyen el sector estudiantil reformista, los trabajadores organizados en sindicatos de los valles Chicama y Santa Catalina, los militantes y simpatizantes del APRA, así como los integrantes de diversas instituciones de la localidad trujillana (asociaciones, clubes, etc.). Con ellos realiza la difusión de temas de palpitante actualidad en el Perú y el mundo, vinculados con la economía, la sociedad, la política, la ciencia y la cultura. Los medios, además de las conferencias, serán las páginas de los periódicos y revistas, donde tiene acceso; tanto como redactor y director, o simplemente como colaborador. Para tal efecto asume tempranamente los avances de la Antropología, Psicología, Filosofía y Sociología, que se difunden en Europa y América.

Como todo hombre comprometido con el cambio social, en los siguientes años Antenor Orrego, debe responder ante nuevas exigencias. En 1945 había accedido al poder el gobierno del Frente Democrático Nacional bajo el liderazgo de José Luis Bustamante y Rivero, donde el APRA tenía importante participación. En esta coyuntura, Antenor Orrego es electo Senador de la República, donde precisamente se discute el Estatuto Universitario, como parte de una reforma integral. Al tiempo que participa activamente en dicho proceso, nuestro personaje es convocado para ejercer el rectorado de la Universidad Nacional de Trujillo, donde se presentará el esperado escollo: ¡Antenor Orrego no tenía título académico, menos la de un Doctor que exigían las normas! Dadas las particularidades de la coyuntura, la salida es introducir algunas modificaciones en el reglamento universitario, de tal manera que con el título de Doctor Honoris Causa, Antenor Orrego pudo acceder al mencionado cargo.

La experiencia educativa formal de Antenor Orrego, al fin tiene una cristalización en la gestión

del nivel universitario; campo de acción que, por lo demás, era de su conocimiento. Practicante de la Extensión Universitaria, combatiente en primera fila en la Reforma Universitaria y autor de más de una propuesta en el nuevo Estatuto Universitario que se discute en el senado de la república, Antenor Orrego, podía en este campo nadar como pez en el agua. En esta gestión, que transcurre entre 1946-1947, despliega una proficua labor, con logros que se concretan en: propuesta para el establecimiento del Colegio Universitario, vinculación de la universidad con su medio social y cultural, gesta de una universidad con un sentido indoamericano, forja de una docencia con auténtica valoración de su magisterio, establecimiento del seminario como método de enseñanza, construcción de la ciudad universitaria, creación de nuevas facultades, especialmente la de Medicina, bajo el liderazgo del reconocido científico ancashino Eleazar Guzmán Barrón (Rivero Ayllón. *Antenor Orrego: Meditaciones sobre la universidad*, 2003). En el transcurso de su participación en el senado y el rectorado, Antenor Orrego, despliega así mismo, una proficua labor de difusión sobre la educación, fundamentalmente universitaria, utilizando diversos medios a su alcance. Los contenidos divulgados en medios escritos comprenden principalmente los aspectos políticos del proceso educativo. El mejor testimonio de esta labor, está contenido en su memoria rectoral de 1946, incluido su novedosa propuesta, la del Colegio Universitario y que Rivero Ayllón, ha insertado en su obra citada.

El Colegio Universitario “...no está llamado a ser solamente la fuente de cultura general del alumno, sino también la iniciación específica, el pórtico de entrada, podríamos decir de la escuela profesional y de la investigación científica. Se trata, en realidad, de preparar el cerebro del futuro universitario para convertirlo en una herramienta eficaz de conocimiento, de estudio, de curiosidad y de investigación. El profesional no sólo debe ser un hombre que sepa mirar aguda y profundamente a través del ojo estrecho de una cerradura, sino también un hombre de mirada panorámica, que no se asuste frente al miraje total del horizonte y que sepa darse cuenta del conjunto del mundo, de la Historia, de la Filosofía y de la Ciencia como síntesis global del conocimiento humano.”

Sobre la participación de Antenor Orrego en el campo educativo, Rivero-Ayllón (Op. cit.) y Robles Ortiz (“Pensamiento Educativo de Antenor Orrego”. En Pueblo Continente, Vol. 21, N° 2, Julio-Diciembre 2010) han dado a conocer importantes aportes. El primero, a través de una recopilación de la serie de comentarios y propuestas de Orrego, tanto como legislador y rector de la Universidad Nacional de La Libertad, y el segundo, al extraer una serie de reflexiones antropológicas y filosóficas vinculadas con la Educación, contenidas en su vasta producción. De todo ello lo que trasluce es que el pensamiento y acción de Antenor Orrego en el campo educativo se concretó en la Educación Popular, gestión de la Educación Superior Universitaria y sus reflexiones desde los campos de la Antropología y la Filosofía. Por lo mismo, no le falta razón a Robles Ortiz, al emparentarlo con las propuestas de Blas Pascal, en torno a la inevitabilidad de lo afectivo frente al predominio de la razón; un tópico novísimo en el debate filosófico nacional de aquellos tiempos, por tanto poco entendido por una intelectualidad influida fuertemente por el positivismo, asentada en las principales universidades y centros de difusión cultural.

ORREGO FILOSOFO. El campo de acción de Antenor Orrego, que mayores comentarios ha merecido es seguramente el referido a la Filosofía; tarea desplegada con motivo del magisterio directo, tanto en el Grupo Norte, el APRA y su relación con el conjunto de las organizaciones sociales y culturales con las que estaba vinculado. Los principales contenidos elaborados en este campo, están incluidos principalmente en *Notas Marginales* (1922) y *Monólogo Eterno* (1929); cuyas reflexiones sirven de base para la elaboración de *Pueblo Continente* (1937) y *Hacia un Humanismo Americano* (1966). Es de anotar, sin embargo, que en sus dos primeras obras, aparecen más nítidamente expresados los contenidos vinculados directamente con la Filosofía, mientras que en las dos últimas y por coincidencia las más difundidas, relucen sus preocupaciones geopolíticas, antropológicas y sociológicas.

Como está registrado en la reseña de sus obras, en 1914 con su trabajo sobre *Arte Moderno* gana el con-

curso convocado por un periódico de Lima, en el que también hace lo propio Abraham Valdelomar, en el campo de la narrativa. Una continuación de este importante estreno, serán sus primeras producciones *Notas Marginales* y *El Monólogo Eterno*, así como *Estación Primera* (1966) que se da a conocer posterior a su fallecimiento. Algunas de ellas están escritas en forma de aforismos, así como priorizan fundamentalmente su pensamiento estético, tema que por esos tiempos iniciaba su difusión en el Perú.

Un posible antecedente de la preocupación por la Estética entre la intelectualidad peruana habría sido la del ancashino Alejandrino Maguiña a través de *La Idea de lo Bello* (1893) y *La Cuestión de lo Bello* (1894). Estos aportes pioneros abonan el terreno para la difusión de las ideas de Nietzsche desde los inicios del siglo XX, con su novedoso planteamiento sobre lo Apolíneo y Dionisiaco, como componentes de la creación artística; de cuya impronta, los del Grupo Norte, no eran ajenos. Este proceso cobra fuerza con la presencia de Alejandro Deustua, quien luego de su recorrido por Europa inicia la difusión de las ideas de Henri Bergson (*La Evolución Creadora*, 1907) y concretamente a través de su propia producción (*Estética General*, 1923). Los primeros debates de las ideas esteticistas, vitalistas e intuicionistas en el Perú, tenían como medios de difusión sendas publicaciones capitalinas y las aulas de la Universidad de San Marcos, en la que también estaba involucrado el otro cajamarquino, Mariano Iberico Rodríguez (*Una Filosofía Estética*, 1920). Entre los autores europeos en boga merecen una explícita mención por parte de Antenor Orrego, los alemanes Nietzsche y Heidegger y el francés Bergson; hasta cuando es ganado por la Antropología y Sociología, cuya impronta precisamente está presente en *Pueblo Continente* y *Hacia un Humanismo Americano*.

En uno de los primeros artículos de contenido filosófico o estético, publicado en *Amauta*, Antenor Orrego postula:

“...el arte dramático occidental se asienta en una concepción o, mejor en una realidad, no precisamente falsa o errónea, sino amputada, estrecha, mezquina.”

.....

“El arte europeo ha hecho anecdótico el destino. La cultura es de esa irremediable frivolidad occidental que nos lleva hacia él por simple holganza o divertimento insustanciales, por aturdimos como nos aturdimos con un espectáculo; por oficio o por acrobacia retórica y dialéctica. Nos falta la seriedad atenta, la unción estremecida del creador.

.....
*“Si el arte no sirve para superar y rebasar la vida, no sirve para nada” (“El Personaje y el conflicto dramático en el teatro, la novela y el cuento”, en *Amauta*, Año I, No. 1, 1926).*

Esta crítica no incluye las obras de Shakespeare, Cervantes, Romain Rolland, Pirandello y Goethe. A través de ellos, reclama más bien un “arte dramático integral” en que el carácter esté presidido por el destino, el cual es libertad y determinación. Y en coherencia con el vitalismo que crecientemente asume, considera que “la pura racionalidad no es revolucionaria, es conservadora, estática y reaccionaria”. Es decir:

*“La razón racionante nos lleva a la utopía, o lo que es lo mismo, a la esterilidad o a la locura. La razón vitalizada que tiene sus raíces en la fluencia de la realidad nos lleva a la fe, es decir, a la heroicidad porque conforta nuestra esperanza” (“Racionalismo y revolución”, *Amauta*, Año I, No. 6, 1927).*

Entiéndase que Antenor Orrego combate la “pura racionalidad” y no precisamente la racionalidad entendida en toda su dimensión. Se refiere, a aquella racionalidad occidental que pretendía monopolizar el pensamiento, con menoscabo del afecto, otro componente cultural de la humana condición. Para que ello quede claramente señalado, nuestro autor considera que “la razón para no extraviarse” ni extraviar al hombre, debe incorporarse en una recia “encarnadura humana”. Estas especulaciones, permiten a Antenor Orrego, definir el sentido de la filosofía en coherencia con las exigencias de los tiempos nuevos. Para tal efecto, qué mejor ubicarse en la realidad latinoamericana, en la que sus pensadores tratan de responder por sí mismos a dicho reto:

*“Respuestas en acción y respuestas en pensamiento, respuestas en arte y respuestas en política. Todo esto tiene que constituir su voluntad de ser y su voluntad de poder” (“Qué es una filosofía”, *Amauta*, Año III, No. 27, 1929).*

Observe el lector, la mención directa de la idea clave nietzscheana “voluntad de poder”, la que asume tempranamente, similar que José Eulogio Garrido, César Vallejo y Haya De la Torre. Más adelante, redondeará su reflexión sobre la filosofía, con la siguiente definición:

*“El objeto esencial de una filosofía es expresar el estilo de un hombre y de una época, la manera de reaccionar de una raza frente a los enigmas del universo. Esto equivale a decir que el objeto de la filosofía es el pensamiento. De lo contrario es una fría armazón lógica, indefinida, enteléquica y cadavérica” (*Amauta*, Año III, No. 27, artículo citado).*

Esto mismo guarda coherencia con la preocupación esteticista de Nietzsche, cuando éste decía: “...hacer de un gran estilo no sólo un nuevo arte sino...realidad, verdad, vida”; por cuanto la cuestión del estilo estaba en el centro de su pensamiento, en tanto gran logro de los griegos y romanos, según nos lo recuerda A. Nehemas (*Nietzsche Life as Literature*, 1985).

ORREGO CRITICO LITERARIO. El campo de acción donde se ha difundido con mayor nitidez el pensamiento filosófico y estético de Antenor Orrego es la crítica literaria, expuesta principalmente en las palabras prologales a *Trilce* (1922) de César Vallejo Mendoza, *El Libro de la Nave Dorada* (1926) de Alcides Spelucín Vega, *Las barajas y los dados del alba* (1928) de Nicanor de la Fuente - “Nixa” y *Dimensión de la Piedra* (1955) de Julio Garrido Malaver; complementada con una serie de artículos y ensayos sobre las obras de más de uno de sus coetáneos. Estas exposiciones coinciden en su tono anunciador, laudatorio, metafísico y contextualista, en tanto se refieren a obras de sus compañeros del Grupo Norte, preocupados por renovar la estética de tal manera que sirva para “superar y rebasar la vida”, así como cambiar el sistema económico y social injustos; con una moderada diferenciación con motivo del poemario de Nixa, donde asume más directamente el convencional estilo de crítica a través de la decodificación de palabras y versos, en el marco de las corrientes poéticas en boga (modernismo, ultraismo, surrealismo, etc.).



Antenor Orrego junto a una de sus hijas, Luis Cáceres Aguilar y Hermes Torres Romero (de pie), en la antigua Plaza de Armas de Santiago de Chuco. (Foto archivo Hermes Torres P.).

En el esquema convencional de clasificación de la crítica literaria, la de Antenor Orrego, seguramente pertenece a la “subjetivista”; acaso, más cercano aún, a la “impresionista”; siendo ésta última para Alfonso Reyes, el primer grado de la escala crítica (donde la exégesis y el juicio, constituyen el segundo y tercer grados, respectivamente). Esta caracterización nos resulta válida pese a los deslindes que formula con motivo del libro de Spelucín Vega, donde aduce su estricta sujeción a la objetividad; la misma que, en términos estéticos y en coherencia con sus propósitos, no era necesaria. Es subjetivista también, por cuanto es innegable la presencia de este factor psicológico cuando la relación que se establece es entre los miembros de un grupo; mucho más, cuando entre ellos existe lazos de familiaridad (particularmente en relación a Spelucín Vega). Igualmente, es impresionista, por cuanto se basa sobre todo en la receptividad y la iluminación

del corazón como sostiene Alfonso Reyes; sin descartar, que a través de la intuición se puede ensanchar las perspectivas de una obra o proyecto, a riesgo de superar tanto los límites como el equilibrio que debe existir entre razón y afecto (caso de César Vallejo). Todo lo cual guarda coherencia, por cuanto Antenor Orrego se inscribe entre los pensadores que se ubican en la línea trazada por Blas Pascal y seguidores.

Donde sí es posible encontrar algunos vacíos es en el manejo de la metodología de las ciencias sociales, particularmente en el inadecuado tratamiento de la contextualización. En efecto, Antenor Orrego, en su apreciación crítica, trata siempre de ubicar la obra en cuestión en un contexto determinado. Más cuando esta recurrencia no tiene datos suficientes de comparación con otras obras o proyectos similares o, cuando una apreciación contextual abunda en detalles más de lo técnicamente necesari-

rios, deriva inevitablemente en una apreciación o enjuiciamiento expansivo antes que objetivo.

Ubicado en el esquema de Alfonso Reyes, la contextualización puede tener mejor uso en tanto forme parte de la exégesis o análisis especializado y comparativo de la obra literaria. La presencia en exceso del impresionismo, es lo que nos pone muchas veces ya no tanto en el análisis del fondo y forma de la obra presentada, sino más bien nos convierte en un expositor que trata de convencer al lector sobre sus propios puntos de vista e inquietudes estéticas personales.

De esta manera, la presentación de las obras literarias mencionadas, más que un análisis literario se convierten en verdaderos ensayos sobre Estética por parte de Antenor Orrego. Por lo mismo, sus apreciaciones son abarcadoras; de tal manera que, no está en su preocupación principal el análisis de estilos literarios, la decodificación de palabras o versos de un poemario, sino más bien la ubicación o vislumbre de la perspectiva de los mensajes de las obras que comenta, que para el caso, su alcance no solo es nacional sino sobre todo continental y universal. Este estilo es evidente en todos sus prólogos y, particularmente en *El Libro de la Nave Dorada* de Alcides Spelucín, donde incluso, la parte introductoria o contextual abarca más de la mitad de las páginas destinadas al conjunto del ensayo.

El comentario crítico al impresionismo de Antenor Orrego que nos permitimos formular, no discute necesariamente la importancia del perspectivismo ni la ubicación de una obra literaria en los campos de la filosofía o sociología, en la que por ejemplo se ubica la de César Vallejo. Nuestro comentario trata de evitar en todo caso, que una crítica de este tipo derive fundamentalmente en lo expansivo o subjetivo innecesarios.

De otro lado, el reconocimiento del evidente tono anunciador y laudatorio que caracteriza a los prólogos de Antenor Orrego, responde a su reconocida generosidad y el afán orientador que se había autoasignado en la forja de una cultura nueva desde América Latina. Una tarea sobrehumana, por decir lo menos. De allí que, aún recurriendo al rigor y la ética, no estuvo exento de los riesgos de caer en una excesiva valo-

ración o generalización; no sólo dada la cercanía generacional e ideológica, sino sobre todo por su temperamento más vinculado con lo afectivo que con lo racional. Acaso refiriéndose a esto mismo, LAS afirma: “El estilo de Orrego difiere del de los escritores de su generación, en lo barroco. Además, en el peculiar uso de los sustantivos absolutos, en las generalizaciones románticas” (Op. cit., Tomo 4, 1981).

La formulación de algunas precisiones sobre el carácter de su estilo de crítica la realiza también el mismo Antenor Orrego, treinta y ocho años después y con motivo del Simposium sobre Vallejo realizado en la Universidad Nacional de Córdoba. Allí repetirá una y otra vez, su conclusión sobre el meollo de la obra vallejana:

“esta poesía retrae hacia su origen la esencia del ser”;

Apreciación que se ubica en el estilo de crítica que había asumido: “una revelación de la obra ajena y no una simple glosa de lugares comunes y conceptos circulantes”; así como constituye la formulación de conceptos complementarios en el marco del pensamiento heideggeriano. Y en un esfuerzo de establecer un paralelo entre el autor alemán y Vallejo, en tanto genuinos practicantes del solecismo y la alteración semántica, agrega:

“El poeta no se propone nunca ser original sino que su originalidad emerge de la necesidad interna de su emoción, de su expresión poética virginal”.

Ni más ni menos, en los términos como está planteado el *arte característico* propuesto por Rousseau y Goethe, como base de una estética que centra su atención en la emoción y pasión humanas.

Dadas las razones expuestas, la crítica literaria orreguiana no dejará de mostrar más temprano que tarde inevitables limitaciones. De los cuatro poetas presentados Vallejo Mendoza, Spelucín Vega, De la Fuente y Garrido Malaver, sólo el primero logrará ubicarse en la cúspide de la creación poética latinoamericana y universal contemporáneas, tal como había sido avizorado. Spelucín Vega, no sólo se quedará con un solo poemario, dedicándose más bien al periodismo y la docencia, y fuera del país; De la Fuente, igualmente será ganado por el periodismo; así como Garrido Malaver, pese a su prometedora pro-

ducción poética, además del prólogo de Antenor Orrego, no merecerá más comentarios que la de su compañero de partido Luis Alberto Sánchez, al ser absorbido por la militancia política en el seno del APRA. El mismo Antenor Orrego, experimentará muy pronto un ostracismo no sólo por reacción de los gobiernos dictatoriales de turno, sino también en el seno de su propio partido, pese a su tesonera labor educativa y organizacional. En torno a esta circunstancia, más de un militante aprista (entre ellos, Garri-do Malaver, Carmelo La Cunza y Mariano Alcántara) expresará con nostalgia, que el Perú había perdido un filósofo al ser ganado por la política.

Con este motivo valen algunas anotaciones sobre la evolución de la concepción del arte y de la crítica literaria en general. Para el Premio Nóbel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa, en una obra literaria el tratamiento de la forma debe merecer una esmerada atención por parte del autor; toda vez que ésta, al comprender escritura y estructura, engrandece o empobrece los temas. Similar opinión tiene, otro escritor notable de la generación anterior, Carlos Eduardo Zavaleta, cuando precisamente nos señalaba que la creación literaria consiste en dar libre juego a la imaginación, antes que pensar en las causas y consecuencias de los motivos o referentes. Las afirmaciones mencionadas acaso no estén del todo lejanas de la primera caracterización del arte griego y de la mayoría de los continuadores románticos alemanes, cuando preconizaban la importancia de lo bello y las formas de la naturaleza, en toda creación artística. Sin embargo, la caracterización de la creación artística no puede quedarse en la mera o preferente atención de las formas. Los pasos dados hasta el momento por el *arte característico*, donde se valoran como referentes las emociones y pasiones humanas, precisa cuál es el complemento ineludible de toda creación; con lo que es posible convenir, en el necesario equilibrio entre forma y fondo, razón y afecto, que debe existir en toda obra de arte que se reclama verdadera; con cuya concepción, por lo demás, el romanticismo de la más noble estirpe no está divorciado.

Con este mismo motivo, vale precisar la importancia del manejo adecuado del contexto; o mejor

aún, de la relación texto y contexto. Texto, en tanto un producto concreto y material motivo de comentario, que debe ser cotejado con otros similares; y contexto, a través del establecimiento de una relación técnica o profesional, en base a la ubicación y comparación de la obra del autor comentado con la de otros de la misma generación o corriente artística. Esta relación que debe ser primordial, es lo que precisamente se ve sesgada en la crítica orreguiana, al enfatizar en una dimensión no adecuada el contexto sociocultural de un ámbito territorial local, regional o nacional, o como cuando sus apreciaciones asumen un carácter expansivo o genérico, más allá de los alcances de la obra comentada.

El otorgamiento de la importancia del contexto artístico o literario, tiene por finalidad ubicar la obra comentada en el tiempo y espacio adecuados, a través del establecimiento de similitudes, paralelos, ventajas o desventajas, avances uno frente a otros y sus proyecciones. Es decir, trata de identificar no sólo las diferencias sino también los logros o las limitaciones de una creación artística o poética objeto de estudio. Y esto supone, no sólo mención de estilos sino también de autores y obras similares o generacionales; una mención necesaria que poco tiene que ver con el “rastacuerismo intelectual” al que condena Antenor Orrego, con motivo del prólogo a la segunda edición de *Pueblo Continente*.

En el mencionado prólogo precisamente es donde surge su primera contradicción, por cuanto en *Pueblo Continente* y las siguientes, incluido *Hacia un Humanismo Americano*, no sólo mencionará autores y obras, sino más aún, asumirá explícita o implícitamente los puntos de vista o propuestas de los mismos. De esta manera, antes que recusados resultan convocados Nietzsche, Marx, Heidegger, Dilthey, Bergson, Spengler, Toynbee, Keysserling, Vasconcelos, Palacios, Unamuno y Ortega y Gasset, entre otros. Una vasta convocatoria que no sólo relativiza los puntos de vista expresados por el autor, sino también deriva en confusión o “singularidad” ideológica que no sin razón le achacan Augusto Salazar Bondy (*Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, 1965) y Luis Alberto Sánchez (*Op. cit.*, 1981).

ENTRE LA FILOSOFÍA Y LA SOCIOLOGÍA

De lo descrito es posible percibir que el Ideal Colectivo Latinoamericano del que formaba parte Antenor Orrego no las tenía resuelto todas las exigencias de la época. Los mensajes de José Enrique Rodó en pos de una nueva democracia que no sea utilitaria como la norteamericana, la de José Vasconcelos en el surgimiento de la raza cósmica ante el colapso de la cultura occidental y la de Alfredo Palacios, en función de la síntesis de razas o el mestizaje; aún no habían sido desarrollados adecuadamente como para constituirse en una alternativa coherente ante la inminente decadencia del occidente primordial anunciada por Spengler. Sobre todo, si se tiene en cuenta que incluso el diagnóstico del pensador alemán, basado en una concepción vitalista y al anunciar la mencionada decadencia de la cultura occidental, no obviaba la necesaria realización plena de su destino por parte de la mencionada cultura.

Las propuestas de Antenor Orrego, contenidas en *Pueblo Continente* primero y luego *Hacia un Humanismo Americano*, así como las formuladas por sus coetáneos del ideal colectivo, tropiezan con las que desde una posición socialista defienden el internacionalismo, entre ellas las de José Carlos Mariátegui y César Vallejo, quienes consideraban tales pretensiones como marcadas por una megalomanía estudiantil antes que una postura seria; sobre todo, teniendo en cuenta que así como Europa le debe a Asia, América le debe a Europa, en más de un elemento de su progreso humanístico, científico y tecnológico; por lo que, si se trata del colapso de la cultura europea, éste afectaría igualmente a la americana. La generalidad de la utopía orreguiana, será confirmada con los hechos, por cuanto ni la cultura occidental ha colapsado, ni la cultura andina se ha posesionado del nuevo mundo, pese a los esfuerzos de más de medio siglo, sin contar la primera etapa que se retrotrae hasta los tiempos de Miranda, Vizcardo y Guzmán, y Bolívar.

La mención de la serie de autores y su innegable influjo en el desarrollo del pensamiento orreguiano, nos permite avizorar el evidente tránsito del campo de la Filosofía a los de la Antropología y Sociología, que caracterizan sus producciones posteriores. A

este mismo respecto vale tener en cuenta que Antenor Orrego, a diferencia de José Eulogio Garrido y César Vallejo, era un pensador con un temprano compromiso social, perfilado con motivo de la Extensión Universitaria y las Universidades Populares, en los marcos de la Educación Permanente y Educación Popular. Renunciante explícito a la vida de un catecúmeno, burócrata o académico, Antenor Orrego en el mismo estilo que José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, asumió la causa popular como suya. Cada uno, como es lógico, tiene valores propios que destacar; por lo que hoy nos basta aceptar lo dicho por LAS, en el sentido de que al hablar de cualquiera de ellos es inevitable la referencia de los demás. Más de un proyecto los unió en vida a los tres: la reforma universitaria, la conquista de la jornada de trabajo de ocho horas, el impulso de una educación popular como alternativa a la vigente educación bancaria y atosigante, y la opción por el marxismo. El distanciamiento posterior de estos pensadores, logró alejar objetiva y afectivamente a Mariátegui y Haya, mas no a Orrego, que se mantuvo hasta la última edición de *Amauta*, no solo como colaborador intelectual sino también como distribuidor de dicha revista en el norte.

La fase comprendida entre 1931 y 1960 de la producción intelectual de Antenor Orrego tiene características particulares. Coincide con una serie de acontecimientos de honda gravitación en la política nacional. En dicho lapso se produce: El oncenio de Leguía (1919-1930), en el marco de una algarada populista donde los protagonistas son las emergentes clases obrera y media universitaria; la difusión del programa del APRA, lanzado en 1924 desde México y, a partir del cual, se opera un creciente influjo del pensamiento de Haya De la Torre, plasmado en *El Antiimperialismo y el APRA* (1927); se inicia en 1930 el movimiento antileguiista, liderado por Luis M. Sánchez Cerro, quien luego de la derrota del dictador es electo Presidente en 1931; en el mismo año se funda el Partido Aprista Peruano, cuya difusión en el norte compromete directamente a Antenor Orrego; y, finalmente, sobreviene la cruenta represión después de la abortada revolución de Trujillo de 1932.

En este contexto la vida de Antenor Orrego se desenvuelve entre el ejercicio furtivo del trabajo organizacional y formativo en el norte aprista, y el ejercicio del periodismo en *La Tribuna*, por cuanto el periódico *El Norte* había dejado de circular. Muy pronto esta labor lo convierte en otra de las víctimas propiciatorias, con su confinamiento frecuente en el Real Felipe, El Frontón, La Penitenciaría de Lima o El Sexto.

La situación tiende a cambiar en 1945 con motivo del breve retorno a la vida democrática, a través de la ascensión al poder del Frente Democrático Nacional liderado por José Luis Bustamante y Rivero, del cual forma parte el APRA; interregno en el que Antenor Orrego es electo Senador de la República y luego, Rector de la Universidad Nacional de Trujillo. Esta “primavera democrática”, sin embargo, se interrumpe una vez más en 1948, con la irrupción de la dictadura de Manuel Odría Amoretti, el que convertido después en candidato único es electo Presidente para el período 1950-1956. Sigue, luego, el gobierno de la convivencia, donde Manuel Prado Ugarteche, en alianza con el APRA, es electo para el período 1957-1962; tiempo en que Haya de la Torre y los demás líderes despliegan una intensa labor de organización, formación y propaganda.

Los períodos posteriores tienen similares características, donde no sólo los golpes militares se repiten (1962: Vargas Prada, Pérez Godoy y Lindley; 1968-1975: Velasco Alvarado; y 1975-1979: Morales Bermúdez), sino también continúan las alianzas del APRA, sorprendentemente incluido sus antiguos adversarios: Unión Nacional Odriista en 1962-1968 y Morales Bermúdez en 1975-1979; con la particularidad que en el período 1962-1968, el ejercicio del poder le corresponde al Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, quien debe lidiar con una sólida oposición parlamentaria formada precisamente por la coalición APRA-UNO. Pero, para entonces, Antenor Orrego ya había fallecido (1960).

Como es reconocido por más de un comentarista, hay en *Pueblo Continente* un explícito influjo marxista, corriente ideopolítica que luego del triunfo de la revolución bolchevique en 1917 en Rusia, inicia su difusión en el Perú bajo el liderazgo de José Carlos

Mariátegui, quien había retornado de Europa en 1923; tarea que más hacia el Sur, venían haciendo por los mismos tiempos, José Ingenieros y Aníbal Ponce de Argentina. No pueden ser más explícitos los puntos de vista orreguianos a este respecto:

“La genial teoría de Marx nos da, por primera vez, una concepción biológica y dialéctica de la historia.”

(.....)

“No se puede plantear hoy la revolución, cualquiera que sea el pueblo de la tierra, desde el punto de vista contemporáneo, sino dentro de los marcos teóricos y prácticos del marxismo” (*Pueblo Continente*, 1957).

Estas conclusiones, sin embargo, no son productos de la superación del vitalismo ni el intuicionismo, sino más bien están acompañados por la creciente asunción de las ideas de Oswald Spengler y Arnold Toynbee, a la que se suma la presencia gravitante del pensamiento hayista; el que a su vez, además del de los dos anteriores, asume el relativismo de Albert Einstein.

Todo hace ver que no existe en Antenor Orrego, necesariamente una evolución ideológica significativa. Lo que hay más bien es la necesidad de auscultar nuevos aportes en perspectiva de construir la nueva cultura americana. Sustentan esta etapa de su pensamiento, la presencia más gravitante de Heidegger, Unamuno, Bergson y Ortega y Gasset; la que con la concurrencia de Spengler desde el campo de la Historia, contribuyen para sostener que el vitalismo e intuicionismo seguían en pie en el pensamiento de Antenor Orrego. Mas el vitalismo e intuicionismo no tenían un espacio privativo de difusión: el mismo Mariátegui, ya había expresado entre 1928 y 1929 con motivo de *Defensa del Marxismo*: “Vitalismo, activismo, pragmatismo, relativismo, ninguna de estas corrientes filosóficas, en lo que podían aportar a la Revolución, han quedado al margen del movimiento intelectual marxista”. Todo lo cual se complementa, con la mención que Antenor Orrego hace en el Prólogo de la Primera Edición de *Pueblo Continente*:

“Todo pensamiento que no tenga virtualidad pragmática y realizadora, en el sentido de que se haga carne y se incorpore en la acción y la conducta de uno mismo o en el pensamiento y acción de los otros, es un pensamiento ocioso y superfluo.”

Sin embargo, un aspecto central del vitalismo e intuicionismo estaba siendo obviado por Antenor Orrego: una visión más dinámica, dialéctica o si se quiere, filosófica de la vida y la cultura. Una lectura más comprensiva de los alemanes Nietzsche, Heidegger o Dilthey, habría permitido avanzar más en esta dirección, en tanto que una característica fundamental de dichos pensamientos (vitalismo e intuicionismo), es su combate frontal contra el universalismo occidental en su versión positivista. Sin ir muy lejos, en el Perú, Mariano Iberico Rodríguez, otro norteño y cajamarquino por lo demás, a través de su obra *El Nuevo Absoluto* (1926) y las páginas de *Amauta*, donde al mismo tiempo colaboraba Antenor Orrego, había iniciado el cuestionamiento de la validez del linealismo occidental, a través del reconocimiento de la unidad dividida y su dinamismo, así como el planteamiento del nuevo absoluto. “Nuevo absoluto” que no podía repetir el universalismo secular sino más bien estaba orientado al entendimiento del carácter plural de la cultura americana. De lo cual se deduce que, mientras dicho debate se iniciaba en el Perú y América, los mentores del ideal colectivo latinoamericano, seguían en su chato nacionalismo continental, al avizorar la fusión de razas y culturas, en pos de la creación de la nueva cultura americana y universal que remplace a la occidental europea; con el agregado en el mejor de los casos del relativismo mal digerido de Einstein.

Los tópicos señalados son desarrollados a través de sus propuestas sobre Pueblo Continente, Teoría del Espectro y Teoría de los Gérmenes Históricas, en tanto aspectos centrales de su obra *Hacia un Humanismo Americano*. En ellas se avizora la integración de América Latina o Indoamérica, en sus zonas étnica, biológica y psíquica; teniendo en cuenta los factores morfológico o material y espiritual interno; planteamientos que expresan una recurrente presencia del vitalismo e intuicionismo, cuando no del espiritualismo. Particularmente, en el Capítulo XIII, donde se avizora la presencia de una conciencia cósmica, en los marcos del pensamiento de San Agustín, Hegel y Karl Jaspers. Y consecuente con su actitud aperturista, Antenor Orrego avizora igualmente que a través de la difusión de los

avances de la tecnología de la comunicación, se puede lograr la desaparición de las fronteras psicológicas y culturales, al fusionar el espacio y el tiempo; procesos que estarían acompañados, por una creciente mirada hacia adentro. Vislumbres cumplidos en más de una de sus manifestaciones, por ejemplo, la globalización con la concurrencia efectiva de la tecnología de la información; así como la persistencia integracionista de los pueblos tanto de Europa como de América Latina, a pesar de la presencia de dificultades o contramarchas. Sin embargo, tampoco se puede ignorar la presencia de fenómenos de contrapartida como la profundización de la brecha entre pobres y ricos, entre globalizados y excluidos, así como el resurgimiento del racismo tanto ario como soviético; donde precisamente la presencia atosigante de los medios masivos ha logrado eliminar la individualidad de las gentes y la unidad de las familias.

Dada su actitud aperturista, Antenor Orrego reconocía la imposibilidad de afirmar la unidad de la civilización humana con respaldo probatorio suficiente, reclamando por tanto una actitud más flexible y abierta, para superar tal escollo. Según su parecer, los inicios en esta dirección cultural habrían sido dados precisamente por Washington, Lincoln y Bolívar; por lo que, en torno a dichas propuestas, se debería impulsar el desarrollo de una estrategia que comprenda: una dimensión humana o antropológica, basada en el mestizaje y la solidaridad humana; y una dimensión política y jurídica, a través de la constitución del Estado o Pueblo Continente; similar a lo que se venía planteando en relación a la posibilidad de la unidad europea. Por cuanto:

“El pueblo indoamericano es la agrupación humana en grande escala más homogénea que existe hoy en el globo, salvo Estados Unidos, no obstante su diversidad original de sangres y, a medida que transcurre el tiempo, lo será más aún porque el proceso de fusión se encuentra en sus últimos estadios de compenetración biológica” (*Hacia un Humanismo Americano*, 1966).

En la perspectiva orreguiana, a este propósito debería concurrir la obra creadora de pensadores, poetas y artistas, como: Walt Whitman, Emerson, Thoreau, Sarmiento, Martí, Rubén Darío, Valle-

jo...y de modo singular, la del pensador norteamericano F. S. C. Northrop, quien sostiene la posibilidad del entendimiento entre Oriente y Occidente, a través del diseño e implementación de modelos más holísticos donde se dé una relación armoniosa del oriente estético y el occidente teorético (*El Encuentro de Oriente y Occidente*, EDIPSA, México, 1985).

La “conciencia cósmica” avizorada por Antenor Orrego, sin embargo, no tuvo en cuenta la presencia negativa del imperialismo, llámese también globalización o mundialización excluyente. Es cierto que, por entonces, Haya de la Torre, ya había planteado lo de “imperialismo democrático” o la “ambivalencia del imperialismo” (*El Antiimperialismo y el APRA*, 1928); temas polémicos que motivaron primero, la ruptura Haya-Mariátegui, luego el recrudecimiento de la crítica hayista al socialismo real, particularmente la que adhiere al materialismo histórico y materialismo dialéctico. Acaso fueron estos puntos de vista los que ya mostraban su impronta en las ideas de Antenor Orrego. En todo caso, los hechos mostrarán que, el llamado “imperialismo democrático” es una de las caras de la misma moneda, donde no es posible evitar la presencia del imperialismo excluyente, en tanto usufructuario convicto y confeso de la base crematística de la economía que, supone una alta valoración del lucro y una débil atención de las necesidades o bienestar humanos; pensamiento predominante en la praxis política de las grandes potencias, nada menos de una buena parte de los empresarios y financistas del vecino país norteamericano y sus socios de la OTAN o OMC. Imperialismo, en tanto fenómeno de dominación que no sólo opera en lo económico como expresa Haya de la Torre, sino también cubre todos los niveles del desarrollo social y económico contemporáneos. En este campo recaen también, inevitablemente, los progresos tecnológicos y científicos, y los medios de comunicación, a las que en su momento apela Antenor Orrego, como medios facilitadores de la “conciencia cósmica”. Porque habría que tener en cuenta también que, en la relación espacio-tiempo, “el espacio hállase subordinado al tiempo” (Basadre: *La Vida y la Historia*, 1981); por tanto, el espacio (llámese, continente) se supe-

rita inevitablemente al tiempo (difusión del fenómeno imperialista). Dialéctica a tener en cuenta con motivo de la universalización o mundialización que, por lo demás no es un fenómeno nuevo o moderno, sino secular o milenario; toda vez que cada civilización (egipcia, griega, romana, Chavín, Mochica-Chimú, Inka, europea, norteamericana) en su respectivo momento de apogeo y gloria, no sólo se considera ser la única, sino que, en efecto, lo es, en base a su sustento hegemónico como centralidad en relación a los desarrollos culturales periféricos.

En el desarrollo del pensamiento orreguiano no hay necesariamente una “singular evolución” como sostiene Augusto Salazar Bondy (*Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, 1965). Su identificación con algunos de los postulados del marxismo expresados en *Pueblo Continente*, pesan menos frente a la gravitación del vitalismo, intuicionismo y pragmatismo, aún sin los adecuados desarrollos. En dicho marco se ubica la implementación de las ideas de Haya de la Torre, sustentadas principalmente en los principios relativistas de Einstein y Toynbee; a la que más adelante se suma la asunción de las cuatro libertades democráticas de Franklin Delano Roosevelt.

Por los mismos tiempos de la culminación y posterior edición de *Hacia un Humanismo Americano* (1966), circulan con mayor fluidez en América y el Perú nuevos principios y métodos de reflexión histórica, filosófica, sociológica y antropológica. Se inicia, por tanto, una mirada diferente de la geografía e historia universal, donde la dialéctica no solo recobra su vigencia sino también su plenitud. Los nuevos vientos permiten ver que América es un territorio vasto, donde tienen vigencia poblaciones y comunidades con diversos grados de desarrollo cultural, conformado por americanos, sajones, ibéricos o afroamericanos, así como de poblaciones nativas que suman más de 400 etnias en el Norte, Centro y Sur del continente; con idiomas distintos, cosmovisión y organización social distintas, así como organización económica y modos de producción adaptados a los respectivos ecosistemas que habitan. Dentro de ellas, los de mayor desarrollo y que acusan una personalidad propia son los herederos de los Azteca, Maya, Chibcha e Inka; sin contar

los de los Collas, Lupaka, Chavín, Mochica-Chimú, Pampeanos, Araucos o Mapuches, Opabalo, etc.; así como los pertenecientes al vasto territorio amazónico, donde destacan los Boras, Ashaninkas y Shipibos; o, los Iroqueses, Apaches, Dakotas, etc. en las praderas de Norteamérica. Si bien es cierto, más de una, menguada o colapsada en su desarrollo, pero también, con la presencia de otros tantos que expresan avances significativos de mestizaje en su respectivo territorio o comunidad, y sobre todo, con la pervivencia de su etnia, historia y cultura. Solo en el Perú, con aproximadamente 30 millones de habitantes, en convivencia con el español, rigen en dimensión significativa los idiomas y culturas quechua y aymara, existiendo en el primer caso, cerca de 4 millones de habitantes; así como, sobreviven más de 40 comunidades nativas con lengua propia,

que no han asumido aún, los logros de la ansiada modernidad occidental. Esta anotación no ignora, sino que más bien resalta, que la mayoría de dichas poblaciones están sumidas en la pobreza; al margen, por tanto, de las posibilidades de acceso y ejercicio de los servicios sociales básicos, más aún de la ansiada fusión o síntesis en perspectiva de una nueva cultura americana y universal, capaz de remplazar a la cultura occidental como ansiaba Antenor Orrego. Es esta presencia heterogénea, múltiple y diversa, antes que cualquier progreso tecnológico o científico, la que sustenta, a más de una corriente o movimiento artístico cultural heterodoxo, dialéctico radical, cíclico o postmoderno que se difunden en los tiempos actuales; cuyos inicios se ubican en las ideas del germano Friedrich Nietzsche, expresadas a través *Así habló Zaratustra* (1891) y otras obras, y



Antenor Orrego acompañado por una de sus hijas, Numa Pompilio Romero, Luis Cáceres Aguilar, Nicolás Cava, Fortunato Ramos, Secundino Malca, Hermes Torres Romero y Arnulfo Henríquez, entre otros. Santiago de Chuco, 1954. (Foto Archivo de Hermes Torres P.).

las que décadas después, asumiera similar postura el peruano Mariano Iberico a través de *El Nuevo Absoluto* (1926) y especialmente *La Aparición* (1950). Es decir, una visión dinámica, flexible y, en términos antropológicos, comprensiva y participativa de la realidad; por tanto, contrario a toda visión fundamentalista o lineal que por siglos ha sostenido a la cultura occidental. Son tiempos en que se ve con mayor claridad que lo global tiene frente a sí lo local, el tiempo lineal al tiempo cíclico, la centralidad a lo periférico, lo exclusivo a lo inclusivo. Un recuento somero de las principales relaciones dialécticas vigentes y que, en más de un momento constituyen umbrales antes que retos insalvables; acaso también, motivos supremos de los futuros proyectos que impulsen retornos o retraimientos hacia su origen la esencia del ser. Una manifestación que guarda coherencia con la compleja condición humana, donde subsisten, al mismo tiempo, la grandiosidad y la abyección, la bondad y la maldad, la heroicidad y pusilanimidad.

En un contexto de difusión de nuevas ideas, de reafirmaciones o rectificaciones, *Hacia un Humanismo Americano* resulta ser la continuidad con algunos agregados de *Pueblo Continente*, donde el tildado “irracionalismo” de Antenor Orrego (Salazar Bondy, 1980), acaso refleja más bien la expresión de un complejo pero sincero proceso de búsqueda de derroteros para el bienestar humano, en perspectiva de su adecuada sistematización; realizadas en circunstancias en que debe enfrentar políticas duramente represivas, o como porque en efecto, Haya De la Torre tenía mayores avances teóricos y metodológicos, tanto en Historia, Antropología, Sociología e incluso Filosofía. En efecto, el frente Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) que insurge en 1924, resulta un planteamiento más concreto en el proyecto de forjar la unidad latinoamericana; frente al nacionalismo continental propuesto por los impulsores del ideal colectivo latinoamericano. La constitución en 1931 del Partido Aprista Peruano, es una prueba de las limitaciones orgánicas e ideológicas del APRA, y acaso podría considerarse un buen punto de partida, en perspectiva de asumir la propuesta de Jorge Basadre: desarrollar un

movimiento vigoroso previo a nivel nacional, como base para el impulso de la unidad latinoamericana.

Desde la postura hayista y en torno a la forja de la unidad continental serán planteados también otras propuestas, como que el vocablo “Indoamérica”, es más adecuado frente a Iberoamérica, Hispanoamérica o Latinoamérica, los que reflejan más bien una sujeción a Europa; formulación que se ubica en el marco de una ansiedad nacionalista y la que, coyunturalmente encuentra terreno abonado, en los que adhieren al ideal colectivo o pensamiento latinoamericano. Planteamientos que inician su difusión en los 30 y que deben ser implementados precisamente por Antenor Orrego, en tanto disciplinado militante del APRA.

Una visión del conjunto de la trayectoria del pensamiento de Antenor Orrego, que comprenden el periodismo, la educación, la filosofía, la sociología y la política, muestran una búsqueda permanente y una apertura sin fronteras; los que muchas veces, no siempre conllevan a logros efectivos, como por ejemplo hacia la formulación de propuestas teóricas o metodológicas. De esta manera, su ansia creativa parece haberse quedado en el plano de la motivación, incentivación, contemplación y búsqueda, a través de propuestas larvadas como Pueblo Continente y Teoría del Espectro. Más de un discípulo suyo, ya sea del Grupo Norte o de su más inmediato entorno, acaso está más satisfecho de sus logros de la voluntad de poder que el profesor entusiasta, comprensivo y generoso. Quizás el destino de un abnegado trabajo docente sea precisamente eso: motivar, incentivar; donde la búsqueda se convierte en una meta colectiva y permanente. Aún más: como abnegado practicante de la Educación Permanente y Educación Popular, apuntan más bien al diseño de caminos antes que de metas finales, así como está más en función de los intereses de los discípulos, que de los prioritariamente reservados para sí.

En este marco, el planteamiento de su idea Pueblo Continente, encontró un avance más concreto con la Alianza Popular Revolucionaria Americana de Haya De la Torre; así como el impulso del Humanismo Americano en base a la Teoría del Espectro,



Antenor Orrego en Santiago de Chuco (1954), bajando de la habitación de la casa donde se hospedó. (Foto Archivo de Hermes Torres P.).

al no tener en cuenta la realidad de la diversidad y heterogeneidad cultural en el continente no pudo avanzar más allá de la valoración del mestizaje. Estas búsquedas que debieron ser asumidas por su filosofar, tampoco pudieron avanzar más allá de sus preliminares planteamientos contenidos en *El Monólogo Eterno* y *Notas Marginales*. Las tareas que sobrevienen luego de la fundación del APRA en 1924 y el Partido Aprista Peruano en 1931, ya no le darán tregua para avanzar en su trabajo de sistematización y culminar con un nuevo y original planteamiento. Por ello, similar a lo que con cierta nostalgia expresa más de un militante aprista, estamos de acuerdo con que, si Antenor Orrego no hubiera sido ganado por el trabajo político, quizás hubiera logrado su ansiedad creativa; particularmente en el campo de la Estética, donde se inició con mayor decisión. Y por qué no, en el campo educativo, donde sentó magiste-

rio compatible con todos los niveles y modalidades. De hecho, su reconocida generosidad, su apertura al flujo de nuevas ideas, y su firme esperanza en las nuevas voces y la juventud, no le hubieran regateado el logro de tales objetivos.

CONCLUSIONES

Todo ello permite reconocer en la trayectoria de Antenor Orrego, no necesariamente el funcionamiento de la voluntad de poder con logros concretos, sino más bien la búsqueda permanente de nuevos derroteros y la formulación de una serie de planteamientos motivadores que, cubren fundamentalmente los campos filosóficos, estéticos y geopolíticos, que con el paso de los años no han perdido actualidad y que se resume en lo siguiente:

a) La asunción de un pensamiento y una acción comprensivos, a través de la práctica generosa de la reflexión filosófica, la crítica literaria, la educación popular, la organización y educación política, y la gestión pública. Manera de pensar y actuar que valora la Educación Permanente y Educación Popular, como las mejores estrategias de difusión y creación cultural. Para el efecto debía superar linderos ideológicos y políticos, cuando no cargados de dogmas, en perspectiva de encontrar senderos convergentes a partir o en paralelo con la serie de propuestas que se “cocinaban” o “aderezaban” tanto en oriente como en occidente. En los esfuerzos por la plasmación de una identidad propia para el nuevo mundo, debió hurgar por igual en los campos de la Filosofía, Antropología, Historia, Psicología, Sociología y disciplinas afines, sin denuedo y sin el temor de perderse en sus laberintos. Si bien sus fuerzas y el avatar político no le permitieron avanzar en el diseño de una propuesta teórica y metodológica en torno a tal o cual opción, no por ello estaba muy lejos de haber contribuido a la difusión de principios participativos, que por los mismos tiempos iniciaban su difusión en el Perú: Socialismo, Intuicionismo y Pragmatismo.

b) El aserto en la ubicación de la obra poética de César Vallejo en el marco de la preocupación filosófica en función de una mejor comprensión de la

esencia del ser; tarea iniciada en la Grecia Antigua en cumplimiento del mandato delfico “Conócete a ti mismo” pero que a través de los siglos se había quedado anclado en la antinomia Noúmeno y Fenómeno de Kant, hasta que Heidegger a través de *Ser y Tiempo* logra colocar una vez más el problema sobre la mesa de debate. Este aserto, acaso debió haberse articulado con el aporte de Mariano Iberico, quien a través de *La Aparición y otros trabajos*, había retomado el secular debate sobre el Ser y No ser, introduciendo nuevos términos de relación dialéctica entre *Ser* y *Aparecer*; mediante la cual, la contradicción cede su paso a la complementariedad. A pesar de ello, la temprana apreciación del mensaje trascendental en la poesía vallejiiana por parte Antenor Orrego, generó y ganó consenso entre sus críticos y comentaristas nacionales y extranjeros.

c) Un tercer esfuerzo que guarda coherencia con los aportes anteriores es la sustentación de la idea Pueblo Continente, una contribución al diseño de una estrategia de integración latinoamericana, concurrente a la propuesta de Haya de la Torre; como continuidad de los esfuerzos iniciados por Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, Francisco de Miranda, Simón Bolívar y todos los que posteriormente adhieren al proyecto. Iniciativa que sistematiza experiencias de Asia y Europa; y que ubicado en perspectiva, acaso debe incorporar otras voces como las de Jorge Basadre, que plantea una vigorosa integración nacional previa, para avanzar hacia espacios de mayor dimensión. Los logros y limitaciones del Grupo Andino, el MERCOSUR y UNASUR, son avances en torno a este último mensaje.

d) Aportes en Educación, con despliegue principalmente en los campos de la Educación Perma-

nente y Educación Popular. Su participación en el campo formal, se producen recién entre 1946 y 1948 con motivo de la gestión del rectorado de la Universidad Nacional de La Libertad. Es indudable que visión sobre el vasto y complejo campo educativo no eran ajenos a Antenor Orrego; de allí, que tuvo una destacada participación parlamentaria en torno a la reforma universitaria, así como al frente de la gestión de la universidad local. Pero el proceso educativo es mucho más amplio que ello. Comprende al alumno, profesor, currículo, material y equipo, infraestructura y financiamiento. Esto, sin embargo, no debe regatearle el título lo que para sí se reservó: el de Maestro, antes que de profesor; mereciendo tal consideración de todos aquellos que se le acercaron, contándose entre ellos: literatos, artistas, líderes sindicales y políticos, y toda persona con ganas de escuchar y aprender.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

De Antenor Orrego

Orrego, A. *Pueblo Continente*, Ediciones Continente, Buenos Aires - Argentina, 1957.

_____. *Hacia un Humanismo Americano*, Lib. Edit. Juan Mejía Baca, Lima - Perú, 1966.

Sobre Antenor Orrego

Ibáñez Rosazza, M. *Antenor Orrego y sus dos prólogos a Trilce*, Trilce Editores, Trujillo - Perú, 1995.

Llanos Horna, S. *Los Periodistas de La Libertad*, MPT, Trujillo, 2004.

Ramos Rau, D. *Pensadores Norteños*, MPT, Trujillo - Perú, 2004.

Rivero Ayllón, T. *Antenor Orrego: Meditaciones sobre la universidad*, Trilce Editores, Trujillo - Perú, 2003.

Robles Ortiz, E. *Pensamiento Educativo de Antenor Orrego*, Pueblo Continente Revista de la UPAO, Vol. 21, N° 2, Trujillo - Perú, Julio-Diciembre del 2010.

Salazar Bondy, A. *Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo*, Fco. Moncloa Editores S. A., Lima - Perú, 1965.

Sobrevilla, David. *Las Ideas en el Perú Contemporáneo*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima - Perú, 1980.